

El movimiento popular y la religión

Discurso pronunciado por el senador Salvador Allende, con motivo de la muerte del Papa Juan XXIII, el día 5 de junio de 1963.

Alzo mi voz, ante este homenaje que se rinde al Papa Juan XXIII, en nombre de lo que encarno y represento.

Estas palabras no son dictadas por el formulismo político, la cortesía de la convivencia, el respeto a las ideas y sentimientos ajenos o la congoja natural que acompaña a la muerte.

Alzo mi voz para vaciar la expresión nacida de la entraña misma de las masas populares, los pobres, los explotados, aquellos que, con fe o sin ella, con creencias dogmáticas o espontáneamente elaboradas, se agrupan en la familia humana que me ha conferido el alto honor de ser su abanderado.

El examen de la extraordinaria personalidad de Angelo Giuseppe Roncalli Mazzola nos coloca desde ya ante un panorama tan rico en hechos y virtudes que el espíritu parece perderse cuando elige cualesquiera de sus facetas. Giovanni y Maria Anna, sus padres, campesinos de Sotto il Monte, braceando como los pobres ante la vida; el recorrido a pie de 12 kilómetros que, con sus libros bajo el brazo, hacía todos los días el "bambino" Roncalli para seguir los estudios de la escuela primaria; su preferencia natural para oficiar de cura de aldea; sus notables condiciones de inteligencia, unidas a la sencillez, que lo inducen a ocultar su calidad de indiscutido primer alumno; su servicio como voluntario, a comienzos del siglo, en el regimiento de infantes "Lombardía", del cual egresa con el grado de sargento; su incorporación al Ejército, en 1914, como capellán en la Primera Guerra Mundial; su admirable carrera diplomática; sus anécdotas preñadas de humanidad; sus encíclicas; su amor a los pobres, su

coraje moral; su cálida sencillez campesina, su fortaleza en la lucha contra la enfermedad y la muerte; todo el decurso de su vida, da sendero y abre puerta hacia el estudio, análisis y ponderación de su augusta personalidad.

He creído que la grandeza del Vicario que desaparece, después de sus cortos cuatro años de pontificado, descansa, de manera fundamental, en haber sabido, como nadie antes que él en la Iglesia, comprender e interpretar a las presentes generaciones, y en haber tenido la sabiduría y el valor para proclamar claramente ante el mundo su pensamiento.

Es incuestionable que cada generación representa, en el desarrollo de los pueblos, una expresión de su vitalidad. Sin embargo, ciertas etapas resultan más polémicas que otras y se caracterizan por un impulso espontáneo de creación y no por conservar dócilmente el aporte recibido. Hay otros períodos notoriamente "acumulativos", cuyo papel es de simple prolongación del ritmo del pasado.

La observación de la realidad demuestra de modo palmario que, desde el primer cuarto de este siglo, las generaciones son "polémicas" o creadoras. Sin embargo, también el tiempo presente se caracteriza por la sordera de algunos sectores sociales ante los estímulos de lo espontáneo, por su renuencia para acometer los designios de la auténtica vocación. Es así como parte del mundo seesteja y se aloja en instituciones, sistemas, modos de sentir y pensar caducos, secos, muertos, que carecen de afinidad y sintonía con el temperamento y el imperativo de las nuevas generaciones.

Quiero sostener aquí que el más grande

mérito de Juan XXIII consiste en haber señalado a la Iglesia una posición, un camino que concuerda, desde su punto de vista, con la pulsación de los tiempos que corren.

No conocía el mundo, mediante las encíclicas, otro lenguaje que el de dividir a los hombres entre buenos y malos, entre fieles e infieles.

No podríamos tampoco ocultar, en esta solemne oportunidad, que la exclusión de los no creyentes en los mensajes papales no había tenido la misma gradación. Así, el mundo socialista aparecía ante ellos o como orbe inexistente o como un estado de cosas inicuo o depravado. La Encíclica "Divini Redemptoris", de 19 de marzo de 1937, del Papa Pío XI, condenando al socialismo, es la más violenta imprecación contra la Unión Soviética y México, pues califica los sistemas de ambos países como expresiones supremas de la perversidad.

Es Juan XXIII quien, asombrando al Universo, invita al Concilio Ecuménico del Vaticano, en octubre de 1962, a los "herejes" de los siglos pasados y recientes, a las Iglesias Anglicanas, Protestantes, Ortodoxa Rusa y Griega, en fin, a todas, a participar como observadores del Concilio. Cuando los más altos dignatarios de estas comunidades religiosas lo visitan en el Vaticano, Juan XXIII abandona el Trono Papal, se sienta, como si fuera uno de entre los muchos, en una silla cualquiera, y, convertido en Angelo Giuseppe Roncalli, en el adolescente de Sotto il Monte, en el sargento Roncalli, en el buen cura de aldeía, dialoga, conversa, intercambia criterios e ideas. En una hora de acercamiento, aventa siglos de odiosa y enconada separación.

Es Juan XXIII quien, en su Encíclica Paz en la Tierra se dirige "a los Venerables Hermanos Patriarcas, Primados, Arzobispos, Obispos y demás ordinarios, en paz y comunión con la sede apostólica, el clero y fieles de todo el mundo", y —quiero subrayarlo— "a todos los hombres de buena voluntad". Al colocar a la Iglesia en un nivel supranacional, el Pontífice se dirigió a los fieles e infieles, a los creyentes y no creyentes, y para estos últimos tuvo la feliz denominación de "los hombres de buena voluntad".

El Papa colocó a todas las naciones en un mismo plano, sea su régimen político el capitalista y liberal, sea que estuvieran regidas por cualquier tipo de socialismo.

Cuando el humilde campesino de Bérnago traspasa los linderos de la inmortalidad, estimo de mi deber, por lo que siento en mi

espíritu y por lo que sienten en el suyo los chilenos que comparten mis sentires y querer, señalar con emoción los hitos más altos del pensamiento del Papa de los pobres.

Para ello recorro a las páginas de su Encíclica cumbre, Paz en la Tierra.

Para condenar la segregación política, la persecución del pensamiento, que imperó en nuestro país durante diez años muy próximos y que aún está establecida en muchas latitudes en nombre de la "democracia", el Papa dijo textualmente:

"De la misma dignidad de la persona humana proviene el derecho a tomar parte activa en la vida pública y contribuir a la consecución del bien común. Derecho fundamental de la persona humana es también la defensa jurídica de sus propios derechos, defensa eficaz, imparcial y regida por los principios objetivos de la justicia".

Contra los gobernantes que impiden a sus ciudadanos visitar otros países, con el pretexto de que no sean contaminados, afirma Juan XXIII:

"Todo hombre tiene derecho a la libertad de movimiento y residencia dentro de la comunidad política de la que es ciudadano; y también tiene derecho a emigrar a otras comunidades políticas. El hecho de pertenecer a una determinada comunidad, no impide de ninguna manera el ser miembro de la familia humana y pertenecer en calidad de ciudadano a la comunidad mundial".

Contra la segregación racial, cáncer y vergüenza de nuestro tiempo, el Papa dijo textualmente:

"Las mutuas relaciones entre las comunidades políticas han de estar reguladas por la verdad, la cual exige, antes que nada, que de estas relaciones se elimine toda huella de racismo; y que, por tanto, se reconozca como principio sagrado e inmutable que las comunidades políticas, por dignidad de naturaleza, son iguales entre sí; de donde se sigue un mismo derecho a la existencia, al propio desarrollo y a los medios necesarios para lograrlo".

Al referirse al poder inmenso de la propaganda internacional y los medios de información, que en América están en una sola mano, el Papa dijo así:

"Se deben excluir aquellos métodos de información con los cuales, violando los preceptos de la justicia y la verdad, se hiere injustamente la fama de una nación".

Al leer esta frase y comprobar que la inmensa e incontrarrestable maquinaria infor-

mativa internacional vive empeñada en infamar sin tregua a un pueblo pequeño en número y grande en corazón, en alma y espíritu, no puedo menos de asociar esta declaración con el hecho de que el Sumo Pontífice mantuvo inalterables las cordiales relaciones diplomáticas del Vaticano con la República de Cuba; las mismas que el Papado no tiene, en cambio, con los Estados Unidos de Norteamérica, ni aun bajo la égida de un presidente católico.

Contra el armamentismo y las armas nucleares, el Papa dijo:

“Así, pues, la recta razón y el sentido de la dignidad humana exigen urgentemente que cese ya la carrera de armamentos; que de un lado y otro las naciones reduzcan simultáneamente los armamentos que poseen; que las armas nucleares queden proscritas, que, por fin, todos convengan en un pacto de desarme gradual, con mutuas y eficaces garantías”.

Contra todo tipo de imperialismo y por el principio de autodeterminación de los pueblos, el Papa sostuvo que la moral prohíbe que una nación lesione la libertad, integridad y seguridad de otra; que cada país tiene el derecho, según sus expresiones literales, “de administrarse libremente y de mantenerse neutral frente a los conflictos entre otras naciones”.

Proclama también que “pertenece a las naciones menores el derecho a promover su propio desarrollo económico”, y dijo en forma textual:

“Así, pues, es necesario que las naciones más florecientes, al socorrer en variadas formas a las más necesitadas, respeten con gran esmero las características propias de cada pueblo y sus instituciones tradicionales y se abstengan de cualquier intención de predominio”.

Contra la exclusión de un país de más de 600 millones de habitantes de las Naciones Unidas, la República Popular China, el Papa se pronunció indirectamente al decir:

“Deseamos que la Organización de las Naciones Unidas pueda ir acomodando cada vez mejor su estructura y sus medios a la amplitud y nobleza de sus objetivos”.

Al hacer notar que las cuestiones mundiales interesan a todos los pueblos, expresa textualmente que “tales cuestiones solamente puede afrontarlas una autoridad pública cuyo poder, forma e instrumentos, sean suficientemente amplios y cuya acción se extienda a todo el orbe de la tierra”.

Contra la división de la familia humana, so pretexto de regímenes distintos, propugnada mediante la consigna del “mundo libre” como contraposición del “mundo socialista”; contra esa implacable guerra fría que inunda calles, caminos, senderos, mansiones, tolde-rías, espectáculos, la música, el arte, la academia, los libros, el cine, las revistas, —incluso las infantiles—, las ondas y el aire; contra esa abismante división que, más alta que las montañas que nos rodean, mantiene a nuestra patria separada de la mitad del mundo, extranjera a la mitad de la civilización, el Papa dijo estas palabras:

“Jamás podrá deshacerse la unidad de la sociedad humana, puesto que ésta consta de hombres que participan igualmente de la dignidad natural. De ahí la necesidad que brota de la misma naturaleza del hombre que se atiende debidamente al bien universal, o sea, al que se refiere a toda la familia humana”.

El Sumo Pontífice, extrayendo la humanidad de su mensaje de los años vividos junto al arado, en el surco, en la cosecha; de la convivencia con sus compañeros de armas, hijos del pueblo, en los cuarteles del “Lombardía”; nutriéndose del manantial inagotable del dolor humano, compartido en las trincheras como el sargento Roncalli; testificado en su peregrinaje sin pausa por hospitales, orfanatos, hospicios, cárceles, suburbios y barriadas donde las lágrimas tienen su mejor refugio, el Papa, dirigiéndose a todas las naciones de la tierra, cualesquiera que sean los regímenes que las gobiernan, dijo textualmente así:

“La convivencia humana es y tiene que ser considerada sobre todo como una realidad espiritual; como comunicación de conocimientos en la luz de la verdad; como ejercicio de derechos y cumplimiento de obligaciones; como impulso y reclamo hacia el bien moral; como noble disfrute en común de la belleza en todas sus legítimas expresiones; como permanente disposición a comunicar los unos a los otros lo mejor de sí mismos; como anhelo de una mutua y siempre más rica asimilación de valores espirituales. Valores en los que encuentran su perenne vivificación y su orientación de fondo las manifestaciones culturales, el mundo de la economía, las instituciones sociales, los movimientos y las teorías políticas, los ordenamientos jurídicos y todos los demás elementos exteriores en los que se articula y se expresa la convivencia en su incesante desenvolvimiento”.

Colocada frente al hombre y sus derechos,

la Encíclica Paz en la Tierra, ajena a toda reticencia, respalda de manera categórica la sustancia misma de los grandes movimientos que los pueblos desarrollan en muchas latitudes en pro de su liberación. Las acusaciones de disociadores, agentes del desorden, usufructuarios de la demagogia, en fin, de enemigos de la civilización cristiana, la familia y la sociedad con que se ha calificado y califica a los hombres y organizaciones que propugnamos un nuevo orden social, político y económico, han sido sepultadas por el Pontífice, al definir con claridad meridiana los derechos humanos.

Juan XXIII dice, sobre el hombre y sus derechos, estas palabras, que literalmente reproduzco:

“Todo ser humano tiene derecho a la existencia, a la integridad física, a los medios indispensables y suficientes para un nivel de vida digno, especialmente en cuanto se refiere a la alimentación, al vestido, a la habitación, al descanso, a la atención médica, a los servicios sociales necesarios. De ahí el derecho a la seguridad en caso de enfermedad, de invalidez, de viudez, de vejez, de paro y de cualquier otra eventualidad de pérdida de medios de subsistencia por circunstancias ajenas a su voluntad”.

Agrega:

“Todo ser humano tiene el derecho natural al debido respeto a su persona, a la buena reputación, a la libertad para buscar la verdad y, dentro de los límites del orden moral y del bien común, para manifestar y defender sus ideas, para cultivar cualquier arte y, finalmente, para tener una objetiva información de los sucesos públicos. También nace de la naturaleza humana el derecho a participar de los bienes de la cultura, y, por tanto, el derecho a una instrucción fundamental y una formación técnico-profesional, de acuerdo con el grado de desarrollo de la propia comunidad política. Y para esto se debe facilitar el acceso a los grados más altos de la instrucción, según la capacidad de cada uno, de tal manera que los hombres, en cuanto es posible, puedan ocupar puestos y responsabilidades en la vida social conforme a sus aptitudes y a las capacidades adquiridas”.

El hijo de María Anna no podía olvidar a la mujer. Cuando sostiene que en la mujer “se hace cada vez más clara y operante la conciencia de la propia dignidad” y asevera con pasión que “ella no puede ser considerada y tratada como un instrumento”, está denunciando y proscribiendo los derechos infa-

mes que el dinero de los poderosos se ha atribuido, en el mundo capitalista, para explotar su miseria y convertirla a veces en mercadería de un placer fugaz.

Cuando exige para ella la paridad de derechos, así en el ámbito de la vida doméstica como en el de la acción pública, está proclamando por primera vez, desde el solio pontifical, que la misión de la mujer supera también las fronteras del hogar. Y no puedo olvidar aquí que, en el terreno de las cotidianas realidades, ante los más modernos sistemas de productividad ideados por el poder financiero, que abre los desiertos de la cesantía a la mujer que, durante la vigencia de su contrato de trabajo, celebra matrimonio para ser esposa y madre, el Pontífice expresa su anatema a procedimientos tan repetidos como insólitos.

No deseo en esta oportunidad referirme a las palabras de la Encíclica relativas a las relaciones entre católicos y no católicos en el campo económico, social y político.

No quiero subrayar tampoco el plano de igualdad en que el Pontífice coloca a los no creyentes que adhieren al régimen capitalista y a aquellos otros que, a la inversa, comparten la idea socialista. Igualdad de trato que, por desgracia, no se ve aún practicada por quienes profesan el cristianismo más en el ritual externo que en su sustancia. Lo dicho, sin considerar que, en el campo de las realizaciones, se advierte mayor cercanía y afinidad entre el pensamiento del Pontífice y el de quienes propugnan soluciones de avanzada.

Tampoco me detendré en la aprobación que da el Papa a la colaboración de los católicos con los no católicos, cuando se trata de iniciativas justas y beneficiosas para la comunidad. Podría ello ser interpretado como un aprovechamiento, en el orden inmediato, de la evocación del Vicario de Cristo.

Señores Senadores, hay una palabra que, nacida en la entraña misma de la existencia humana, en lo más profundo de la célula, del átomo, respiran todas las bocas ansiosas de ella, expresan todas las manos que se levantan para ensalzarla y palpita en todos los corazones generosos: PAZ.

Y esa palabra —maldita para los que con ella trafican— estaba dormida en muchas conciencias.

Fue la vara mágica de un campesino, el toque vivificante de un Pastor el que logró despertar del letargo a esa inagotable fuente de amor y esperanza que encierran las tres letras del vocablo bendito.

Porque, en el mundo convulsionado en que vivimos, no se puede hablar de paz cristiana o liberal, paz musulmana o comunista. Hay una sola paz, suprema e indivisible, en toda la familia humana. Juan XXIII supo interpretar esa armonía universal con el poderoso diapasón de su ejemplo de bondad.

Los ojos del mundo convergen en la plaza de San Pedro, la de los estrados solemnes, cuyas fuentes no están entonando el himno del agua, sino la melodía del llanto frente a las multitudes congregadas. Los ojos del mundo están contemplando el palacio de la cristiandad, que él tantas veces recorrió; el de la cúpula monumental; el de la Capilla Sixtina, con su "Juicio Final" y la "Creación del Hombre"; el de "La Pietá", donde el canto gregoriano está grabado en cada centímetro. El genio de Miguel Angel pareciera revivir para ofrendar todos sus tesoros al hombre que entregó a la Humanidad ese otro tesoro más valioso: la esperanza de paz.

Hoy día, cuando las campanas doblan a muerto, cuando en Occidente las multitudes gritan "peace" y las del Oriente claman "mir", es más necesario que nunca tornar la mente hacia este Príncipe de la Paz.

Sé que el saludo de los musulmanes, los que tienen a Alá por Dios y a Mahoma por profeta, es "salam alikam", que quiere decir "La paz reine en vosotros". Sé que Juan XXIII hizo vivo el milenarío proverbio chino "La verdad está en todas partes y todos los pies conducen a ella".

Sé que en estos instantes los fieles de todas las religiones, los que peregrinaron con Mahoma, Confucio o Ghandi, los ateos y los idólatras, los que van en busca del Nirvana, todos, absolutamente todos, sufren la pérdida de un valor universal.

Juan XXIII fue la encarnación del amor entre los hombres.

Los peregrinos de la Plaza de Roma han

visto apagarse la luz en una de las ventanas del Vaticano.

Amó a todos y todo, menos el odio.

Angelo Roncalli ha muerto... Los negros, los blancos, los amarillos, la policromía multifacética de la Humanidad lo lloran.

Angelo Roncalli ha muerto. En el panorama que se extiende ante mis ojos veo su figura, su niñez, Sotto il Monte; veo su vida y oigo el diálogo eterno que mantuvo con los pobres, con quienes tienen hambre y sed de pan y de justicia.

El plano de mi formación ideológica, que reconoce y exalta los grandes valores del espíritu, no me impide advertir en el paso por esta tierra del "bambino", del sargento Roncalli, del hijo de Giovanni y María Anna, del buen cura de los humildes, del Papa de "Pacem in Terris" un trasunto del caminar por los senderos de Samaria, por las orillas del Tiberiade, de Jesús de Nazaret, del hijo de José y de María, del Maestro de Galilea, que, contemplado desde la perspectiva de la fe o de la de su excelsa personalidad humana, trajo hace dos mil años, en el Sermón de la Montaña, un mensaje de liberación para los que sufren y de paz y amor para todos los hombres de buena voluntad.

Honorable Senado:

He volcado nuestra emoción por la pérdida que toda la Humanidad lamenta.

He de cumplir, además, un deber histórico de chileno. Nuestro movimiento popular, dentro de sus luchas, ha mantenido inalterable la posición sociológica fundamental que, desde el solio de los Pontífices, ha enunciado el Papa Juan XXIII.

Por ello, en esta solemne oportunidad, afirmo y proclamo que, cualesquiera que sean las vicisitudes que nos reserven las jornadas de lo porvenir, reiteraremos en la acción y ejecutaremos en los hechos los principios que Juan el Bueno, con grandeza insuperable, ha sabido magnificar.

APARECIO EL NUMERO 7 DE

Selecciones en Castellano de "Monthly Review"

Revista Mensual de Investigación Política Internacional

INDICE:

LA GUERRA EN VIETNAM, por Hugh Deane, Leo Huberman y Paul Sweezy.

EL NUEVO CAPITALISMO, por Paul Sweezy.

FLUCTUACIONES y TENDENCIAS DE LA ECONOMIA NOROCCIDENTAL AMERICANA, por Leo Huberman y Paul Sweezy.

Reserve su ejemplar en Librería Latinoamericana, San Martín 136,
o en nuestro Salón de Ventas: Estado 360 - Oficina 6.